

morir, que los criminales somos nosotros y todo el pueblo romano...

— ¡Qué estupidez! — exclamó Tigelino.

— ¡*Hic Abdera!* (1) — le contestó Petronio.

No obstante, á los demás les impresionó la exactitud de la observación, y se miraron unos á otros con asombro.

— Es indudable que hay algo de singular y extraño en su muerte — dijo uno.

— Os he dicho ya, y ahora os lo repito, que al morir ven á su dios.

Algunos angustales se volvieron hacia Quilón:

— Oye, viejo, tú que les conoces á fondo: ¿quieres explicarnos lo que ven?...

El griego, derramando por encima de su túnica el vino de la copa que en la mano tenía, respondió:

— ¡La resurrección!

Y al decir esto púsose á temblar de manera que los que estaban sentados junto á él se echaron á reír á carcajadas.

III

Como hacia algunos días que Vinicio pasaba las noches fuera de casa, pensó Petronio que habría concebido algún nuevo plan para salvar á Ligia y lo estaría tal vez realizando; pero no se atrevió á dirigirle ninguna pregunta por el temor de que su intervención, aún en forma tan vaga, pudiese serle funesta, pues el escéptico elegante se sentía en cierto modo inclinado á la superstición, ó, para hablar con más exactitud, había perdido por completo la fe en su estrella desde el fracaso de su tentativa para sacar á Ligia de la cárcel Mamertina. Tampoco tenía confianza en el éxito de los esfuerzos de Vinicio, porque, si bien la prisión del Esquilino, improvisada poniendo en comunicación los subterráneos de las casas derruidas para atajar el incendio, era menos horrible que el vetusto Tuliano, situado cerca del Capitolio, estaba, en cambio, más severamente guar-

(1) Equivale á «¡Tú sí que eres un estúpido!». — Los habitantes de Abdera, antigua ciudad de Tracia, eran tenidos por imbéciles.

dada, y porque no podía escapar á su perspicacia que Ligia había sido trasladada allí para evitar que muriese de la fiebre, esto es, de que escapase al martirio.

— Es evidente — pensaba — que el César y Tigelino la reservan para servir de protagonista en algún horrendo y singular espectáculo, y Vinicio, con sus esfuerzos, sin salvar la vida de su amada, pondrá en riesgo la propia.

También el tribuno había perdido toda esperanza en los medios humanos. «Solamente Cristo puede salvarla» concluyó después de haber meditado hondamente sobre ello; y desde entonces ya no pensó sino en inventar un ardid para ver á su prometida. El procedimiento seguido por Nazario para comunicarse con los cristianos de la cárcel Mamertina le sugirió la idea de entrar en la del Esquilino valiéndose de la misma estratagemma. Por una suma considerable, el inspector del servicio de enterramientos en las fosas comunes consintió en alistarse accidentalmente á la brigada de jornaleros que todas las noches enviaba á las cárceles para transportar los cadáveres. De noche, vestido de esclavo, á la débil luz que mezquinamente alumbraba la cárcel, había de ser casi imposible reconocerle; y además, ¿á quién podría ocurrirsele que un patricio, descendiente de cónsules, se vistiese tan humildemente y anduviese entre mozos del servicio de enterramientos expuesto á los peligros de los insoportables miasmas de la cárcel y de los *puticuli*, ejerciendo un oficio que solamente aceptaban las personas á ello constreñidas por la esclavitud ó la extrema miseria?

Vinicio, en cuanto llegó la suspirada noche, vistiéndose con verdadero júbilo la tosca almilla, se puso encima de la cabeza el paño impregnado de aceite de trementina, á manera de rodete, que llevaban los transportadores de cadáveres, y, latándole con fuerza el corazón, encaminóse con sus compañeros de oficio á la cárcel del Esquilino, donde la guardia pretoriana les dejó pasar sin dificultad, después de haber examinado el centurión á la luz de la linterna, una por una, las contraseñas que llevaban los enterradores.

Abriéronse las enormes puertas de hierro, y á los pocos pasos Vinicio se encontró en un vasto subterráneo abovedado, del cual, por aberturas angostas, se pasaba á otros semejantes. La pálida luz de una linterna, suspendida de la bóveda, alumbraba apenas el interior, lleno de presos. Unos yacían arrimados á las paredes, al parecer dormidos, quizás muertos; otros se agru-

paban al rededor de una tinaja llena de agua, que estaba en medio de la estancia, y bebían con avidez para calmar el ardor de la fiebre; otros, en fin, se hallaban sentados en el suelo, con los codos en la rodilla y la cara entre las manos. Acá y allá veíanse niños que dormían, apretándose contra el seno de sus madres. Por todos lados oíanse gemidos, sollozos, murmurio de plegarias, suaves cantos, la respiración jadeante y anhelosa de los enfermos, y, de cuando en cuando, las horribles blasfemias de los carceleros. El ambiente estaba impregnado de un hedor fétido, cadavérico. Sombrias y extrañas figuras se movían en los oscuros ángulos del fondo; más cerca, á la débil y trémula luz de la linterna, distinguíanse rostros pálidos, desencajados, famélicos, con los ojos apagados y febriles, lívidos los labios, inundada de sudor la frente, en desorden y aglutinados los cabellos. Muchos enfermos, presa del delirio, pedían por caridad que se les diese un poço de agua; otros, con lastimeros quejidos, expresaban la intensidad de sus sufrimientos y pedían que se les llevara inmediatamente al suplicio. Y, no obstante, esta cárcel era menos horrenda que el Tuliano. A Vinicio, ante aquel espectáculo, le flaquearon las piernas, se le oprimió la garganta; y al pensar que Ligia, ¡su adorada Ligia! se hallaba en aquel antro horrendo, se le erizaron los cabellos y por poco dió un grito de desesperación. El circo, las garras de las fieras, las cruces, todo era preferible á aquellos inmundos y espantosos subterráneos, de ambiente corrompido por los miasmas y en los cuales resonaba continuamente la desgarradora súplica:

— ¡Llevadnos al suplicio!

Exasperado Vinicio, apretando los puños se clavaba las uñas en las palmas de las manos. Todo cuanto había sufrido hasta entonces, su inmenso amor, sus terribles angustias, se convirtieron súbitamente en un deseo vehemente de morir.

— ¿Cuántos muertos hay esta noche? — preguntó el inspector del servicio de enterramientos.

— Una docena — contestó uno de los carceleros; — pero antes que amanezca habrá muchos más, porque son en gran número los que están agonizando allá, en el fondo, arrimados á las paredes.

Y empezó á lamentarse de que las mujeres ocultaran los cadáveres de sus pequeñuelos para retenerlos todo el tiempo posible á su lado.

— Con frecuencia hay que descubrirlos por el hedor que exhalan — añadió. — Preferiría ser esclavo en un ergástulo del campo á guardar esos perros, que hieden y se pudren, aún antes de morir.

Vinicio, en tanto, repuesto de su turbación, buscaba ansiosamente á Ligia, temblando ante la sospecha de no hallarla entre los vivos. Los subterráneos eran muchos, y los enterradores sólo entraban en aquellos en que había cadáveres que sacar. El tribuno estremeciéndose, pensó que acaso sus esfuerzos no le habrían servido de nada. Afortunadamente, vino en su ayuda el inspector, diciendo:

— Es preciso llevarse á los muertos en seguida, pues de lo contrario se extenderá rápidamente la infección y los carceleros correréis el riesgo de fallecer con los presos.

— Si, no hay duda. Pero no somos sino diez para todos los subterráneos — contestó el carcelero — y... bien hemos de dormir... ¡me parece!

— Entonces voy á dejarte á cuatro de mis hombres para que recorran los subterráneos, y, en cuanto fallezca un cristiano, lo saquen inmediatamente.

— ¡Está bien, y muchas gracias! Mañana te convidaré á unos vasos de lo tinto para agradecerte el servicio que con ello nos prestas; pero que se cercioren bien de que han muerto, pues hay orden de atravesarles el cuello antes de sacarlos.

— ¡Está muy bien... y acepto la convidada!

Dicho esto, designó á los cuatro hombres que habían de quedarse. Uno de ellos fué Vinicio, quien inmediatamente empezó á recorrer los subterráneos, inspeccionando con suma atención todos los semblantes, todos los rincones, todos los grupos. Ni en el primer subterráneo, ni en el segundo, ni el tercero dió resultado alguno su escrupulosa inspección.

Era ya muy avanzada la noche; habían sido sacados todos los cadáveres; los carceleros, distribuidos convenientemente por los corredores, dormían; los niños, cansados de llorar, se habían callado; no se oía en los subterráneos sino la respiración anhelosa de los enfermos, el estertor de los agonizantes y el susurro de alguna oración. Vinicio penetró en el cuarto subterráneo, bastante más reducido que los otros; y, levantando la linterna que llevaba en la mano, miró en torno. De pronto vió, debajo de una ventana con reja de gruesos barrotes, una gigan-

tesca figura de hombre, que le pareció ser la de Oso. Apagó en seguida la linterna, y, avanzando, dijo:

—¿Eres tú, Oso?

El gigante volvió la cabeza y preguntó:

—¿Y tú, quién eres?

—¿No me reconoces?

—¿Cómo quieres que te reconozca si has apagado la luz?

En aquel momento Vinicio divisó á Ligia, que yacía junto á la pared, sobre un manto, y cayó de hinojos á su lado, sin pronunciar palabra.

Entonces Oso le reconoció.

—¡Glorificado sea Cristo!... —dijo— Pero no la despiertes... señor...

Vinicio ni siquiera le oía. Derramando copiosas lágrimas, contemplaba embelesado y al mismo tiempo transido de dolor á su amada; y, á pesar de la obscuridad, distinguía perfectamente su rostro pálido como el alabastro, sus manos casi diáfanas. En un transporte de amor, de un amor que le desgarraba el alma, mezcla de piedad, de respeto, de cariño y de adoración, cogió el borde del manto en que descansaba la doncella y lo cubrió de besos.

Oso le contemplaba en silencio. Al cabo decidióse á tirarle suavemente de la túnica y á preguntarle:

—Señor: ¿cómo has logrado llegar hasta aquí? ¿Vienes para salvarla?

Vinicio se levantó, mirando con estupor al gigante. La emoción le ahogaba. Al fin dijo:

—¿Cómo?, ¿de qué modo? ¡Dime tú un medio!

—¡Ah! ¡Creí que tú lo habías hallado!... Yo no sé más que uno.

Y al decir esto miró la reja de la ventana. Luego, como si hablara consigo mismo, añadió:

—¡Si!... pero tras ella están los soldados...

—Un centenar de pretorianos— afirmó Vinicio.

—¿De suerte que fuera imposible pasar?...

—¡Imposible!

El ligio se rascó la cabeza con la enorme mano y repitió:

—Pero tú, ¿cómo has logrado entrar?

—Tengo una tésera del inspector de las fosas comunes.

Apenás había dicho estas palabras cuando, como iluminado por una idea súbita, añadió:

—¡Por la pasión del Salvador! Me quedo aquí. Ella tomará mi contraseña, se pondrá en la cabeza este paño impregnado de trementina, se envolverá en el manto y saldrá: como entre los transportadores hay algunos jovencitos, los pretorianos no la reconocerán; irá á casa de Petronio y éste proveerá á lo demás.

Oso, bajando la cabeza, respondió:

—No lo consentirá, señor, porque te ama; además, está enferma y no puede andar sin apoyarse en alguien... ¡Ay! Si tú, señor, y el noble Petronio no tenéis medios de conseguir su libertad, ¿quién podrá salvarla?

—¡Únicamente Cristo!

Entrambos permanecieron mudos un buen rato.

—Él podría salvarnos á todos, no hay duda— pensaba el ligio, en su ingenua simplicidad;—y si no lo hace es porque ha llegado el día de las torturas y del martirio.

Por su parte, no le arredraba el morir; pero desde lo más hondo de su alma sentía piedad por aquella niña que puede decirse había crecido entre sus brazos y á quien amaba más que á su propia vida.

Vinicio se arrodilló de nuevo al lado de Ligia. Por la angosta ventana penetraba en la estancia la luz de la luna. La tierna doncella abrió de pronto los ojos, y al ver junto á sí á su prometido, le tendió las manos ardorosas por la fiebre y le dijo:

—¡Ah, por fin vuelvo á verte! ¡Bien sabia yo que vendrías!

—¡Si, amada mía; he venido!— murmuró Vinicio estrechándole las manos— ¡Cristo, nuestro Señor, te tome bajo su salvaguardia y te devuelva la salud!... ¡Ligia de mi alma!..

No dijo una palabra más porque se lo impidió la congoja. Por otro lado, no quería agravar las penas de la infeliz muchacha, poniéndole de manifiesto las propias.

—Estoy enferma, Marco— murmuró Ligia;—y, bien en el Circo, bien en la cárcel, que al fin y al cabo todo es uno, he de morir... ¡Rogaba á Cristo continuamente que me concediese la gracia de verte una vez más, y Cristo me ha oído!...

Vinicio seguía acongojado y se limitó á estrecharle nuevamente las manos. Ella prosiguió diciendo:

—Una vez te vi de lejos, desde una ventana de la cárcel Mamertina, y sabia que con toda el alma deseabas venir á verme; ahora el Redentor te ha permitido entrar y me ha

devuelto el sentido para que pueda decirte adios. ¡Para siempre sea alabado! Voy ya hacia El, Marco; pero te quiero y te querré siempre...

Vinicio procuró hacerse dueño de si mismo, reprimiendo la angustia que le dominaba, y, dando á su voz acento de tranquilidad y entereza, empezó á hablar de esta manera:

— ¡No, amada mía; tú no morirás! El Apóstol me ordenó que tuviese fe y prometiéndome rogar por ti... y él, como sabes, conoció á Cristo. Cristo le amaba, y ten por cierto que no le negará la gracia que ahora por ti le pide. Si tú hubieses de morir, no me habria dicho el Apóstol que tuviese fe y, sin embargo, me dijo estas palabras: «Ten fe». ¡No, Ligia! Cristo se compadecerá de mi; no quiere, no, que tú mueras; no lo permitirá... ¡Te lo juro en nombre del Redentor! Pedro ruega por ti.

Permanecieron un buen rato callados. La luz de la única linterna que alumbraba la estancia se había extinguido; pero penetraba en ésta la luna. En el ángulo opuesto empezó á lloriquear un niño; mas luego también calló, y todo quedó en silencio. Únicamente se oían, de tiempo en tiempo, las voces de los pretorianos que no estaban de centinela, los cuales entretenían los ocios jugando en el exterior, bajo los muros de la cárcel, á las *scripta duodecim*. Ligia rompió el silencio:

— Marco: también Jesús rogó al Padre, diciéndole: «Aparta de mi este cáliz de amargura». Y no obstante ¡se consumó el sacrificio!... Si; Jesús murió crucificado, y ahora mueren por él á millares los que profesan su santa doctrina. ¿Por qué, pues, he de pretender sustraerme al martirio? ¿Después de todo, quién soy yo? ¿Por qué ha de salvarme á mi sola? El mismo Pedro, según de sus labios he oído, ha de morir clavado en cruz. ¿Y quién soy yo, repito, comparada con el Vicario de Cristo? Cuando fueron los pretorianos á prendernos tuve miedo de los tormentos y de morir; mas ya no tiemblo. Piensa cuán horrenda es esta cárcel y que pronto la dejaré para volar al Paraíso. ¡Ah! Para sentir anhelos de muerte basta considerar que aquí, en la tierra, impera el César, mientras en el cielo está el Redentor del mundo, todo bondad y misericordia, y de que, por tanto, en realidad no es la muerte lo que me espera, sino la vida, la felicidad eterna. Si me amas de veras, piensa únicamente en el bien que la muerte me reportará, y piensa, además, Marco mio, que tú asimismo alcanzarás esta dicha y que moraremos un día juntos en el cielo.

Calló un instante para tomar aliento. Después, llevándose á los labios la mano de Vinicio, le llamó con voz dulce y cariñosa:

— ¡Marco!...

— ¿Qué quieres, amada mía?

— No me llores. Piensa que cuando mueras vendrás á unirme conmigo en el cielo. Mi vida ha sido breve; pero Dios me ha concedido en ella bastante, pues me ha otorgado la gracia de darme tu alma. Y yo se lo diré al Señor, y le añadiré que aún cuando presenciaste mi muerte y el dolor te desgarró el corazón, nunca te rebelaste contra su santa voluntad, nunca dejaste de amarle con ahinco, con toda la efusión de tu ser. ¿Verdad, Marco, que le amarás siempre, siempre, y sabrás resignarte á que yo muera? ¡Ah, si, si! tú lo harás. Y entonces, El, que es bueno y misericordioso, nos unirá en su reino... porque yo te amo, Marco, y quiero estar siempre unida á ti.

Tomó de nuevo aliento, y con voz dulcísima y apenas perceptible, añadió:

— ¿Me lo prometes, Marco mio?...

Vinicio, estrechándole las temblorosas manos, respondió:

— ¡Lo juro por tu sagrada cabeza!... ¡Lo juro!...

A la pálida claridad de la luna vió Vinicio como el rostro de Ligia se transfiguraba, cual si irradiase luz intensísima. En tanto, ella volvió á llevar la mano de él á los labios, mientras murmuraba:

— ¡Soy tu desposada!...

Los pretorianos que estaban jugando fuera de la cárcel acabaron por disputar con voces alborotadas. Vinicio y Ligia no se acordaban de los horrores de aquellos lúgubres subterráneos, ni de los soldados, ni de este miserable mundo... Convertidos casi en espíritus angélicos, oraban fervorosamente.

IV

Durante los tres días, mejor dicho, las tres noches siguientes, nada turbó su inefable felicidad. Cuando, terminada la tarea de separar los cuerpos muertos de los vivos y á los enfermos graves de los enfermos leves y de los sanos, los carceleros, rendidos de cansancio, se dormían en los corredores, Vinicio

entraba en el subterráneo de Ligia y allí permanecía hasta el alba, en dulce coloquio sobre los temas de su eterna unión y de la muerte. En sus pensamientos, en sus pláticas, hasta en sus deseos y esperanzas, se alejaban entrambos cada día más de la tierra, de esta vida misera, sin conciencia apenas de la tremenda realidad, como dos marineros que, habiendo dejado muy atrás la inhospitalaria playa, navegasen por un mar inmenso: almas encendidas en el cariño recíproco y en el amor de Cristo, que esperaban el momento oportuno para emprender el vuelo... De cuando en cuando estallaba en el corazón de Vinicio, cual tormenta, la agitación del dolor; otras veces relampagueaba en su mente la esperanza, nacida de la fe en la infinita misericordia de Jesucristo; pero esto no era óbice para que de día en día se desprendiese más de la tierra y se familiarizase con el pensamiento de la muerte. Por la mañana, al salir de la cárcel, veía como en sueños todas las cosas terrenas: el mundo, la Ciudad, la gente que por las calles transitaba... Todo le parecía extraño, lejano, fugaz, fátuo, misterioso. Ni siquiera la inminencia de los tormentos le espantaba ya, bien persuadido de que se podía pasar por ellos sin sentirlos, con el ánimo absorto en otras ideas, con los ojos vueltos hacia otro lado...

Ambos experimentaban la sensación de haber traspasado los umbrales de la vida eterna, y hablaban, como de cosa presente, de su amor ultraterreno, de la felicidad de vivir perpetuamente juntos en el cielo; y si alguna vez descendían con el pensamiento á la tierra era para departir en términos que no parecía sino que se pusiesen de acuerdo respecto á los preparativos de un largo viaje. Y así vivían: tranquilos, serenos, imperturbables, como dos columnas abandonadas en medio del desierto, sin más deseo que el de no verse jamás separados; y como no dudaban de que Cristo les concedería esta gracia, amaban á Cristo, considerándole como el vínculo que les unía, como la felicidad sin límites, como la paz eterna. Antes de abandonar este mundo se habían desprendido ya del miserable barro, de las ataduras terrenales. Sus almas tenían la pureza de una lágrima. Ante la inminencia del martirio, en medio de las miserias y de los sufrimientos, en aquella hedionda y lúgubre cárcel, gozaban de antemano las inefables delicias del Paraíso, y él imaginaba que Ligia, ya bienaventurada y santa, le llevaba de la mano, guiándole hacia la inagotable Fuente de Vida.

Petronio, asombrado de la creciente serenidad que en el semblante de Vinicio se notaba, sospechó que al cabo había dado el joven tribuno con un medio seguro para salvar á Ligia; y, ofendido de que no se lo hubiese dado á conocer, se decidió un día á interrogarle:

—Vinicio, en tu semblante leo que has experimentado una profunda transformación; no tengas secretos para mí, pues bien sabes cuanto deseo poder serte útil ¿Tienes un nuevo plan?

—Si—respondió Vinicio;—pero no podrías tú ayudarme á realizarlo... Cuando Ligia haya sufrido el martirio, yo confesaré públicamente mi fe, para seguir su suerte.

—Entonces... ¿has perdido toda esperanza?

—Al contrario, ahora la tengo más firme que nunca, pues Cristo me la devolverá en el cielo y nunca más volveré á separarme de ella.

Petronio empezó á pasear por el atrio, con la expresión del desengaño y la impaciencia en el semblante.

—Para esto—dijo—no necesito de vuestro Cristo; podría prestarte el mismo servicio Tánatos (1).

Vinicio le contestó, sonriendo melancólicamente:

—No, queridísimo... Pero tú no puedes comprender estas cosas.

—¡No puedo, ni quiero!—replicó Petronio.—No es ocasión esta de disputas; pero acuérdate de tus palabras al fracasar nuestro plan para sacarla del Tulliano: había yo perdido toda esperanza, y tú me dijiste: «Pues yo tengo fe en que Cristo me la devolverá...» ¡Que te la devuelva, pues! Si yo arrojo al mar una copa preciosa, pongo por caso, ni uno sólo de nuestros dioses será capaz de restituirmela; y si el vuestro no tiene más poder, entonces no comprendo por qué le habéis de adorar con preferencia á los demás que, al fin y á la postre, sobre ser más antiguos, son, además, romanos.

Vinicio se limitó á responder:

—Te repito que estoy bien seguro de que me la devolverá.

—Otra cosa. ¿Sabes que mañana por la noche los jardines del César serán iluminados con cristianos?

—¡Mañana?...—exclamó Vinicio.

El anuncio de estos nuevos é inminentes martirios le trajo

(1) El genio de la muerte.

otra vez á la realidad. Estremeci6se su coraz6n de angustia y de espanto; y pensando que muy bien pudiera ser aqu6lla la 6ltima noche en que le fuera dado ver á Ligia, se dirigi6 apresuradamente á casa del inspector de las fosas *hediondas* para que le diera la contraseña. Pero 6ste se neg6 en redondo á complacerle.

—Perdona, se6or— le dijo;— he hecho por t6 cuanto estaba en mi mano; pero no quiero ni debo poner en riesgo la vida. Esta noche ser6n sacados de la c6rcel los cristianos para llevarlos á los jardines del C6sar; con este motivo entrar6n en los subterráneos muchos soldados. Si alguno de 6stos te reconociese me perderia yo y perderia á mis hijos.

Vinicio comprendi6 que era in6til insistir; pero con la esperanza de que los pretorianos, ya acostumbrados á verle entrar en la c6rcel, le dejarian pasar sin la contraseña, al caer la tarde, vestido como de costumbre, se dirigi6 al Esquilino. Por su desgracia, aquel dia el examen de las t6seras era mucho m6s escrupuloso, y el centuri6n Scevino, hombre muy severo y devoto del C6sar, encargado de esta tarea, le reconoci6. No obstante, dentro de aquel pecho cubierto de hierro quedaba una chispa de compasi6n por las desventuras humanas, y, en vez de dar la se6al de alarma golpeando con la lanza el escudo, llam6 aparte á Vinicio y le dijo:

—Vu6lvete á tu casa, se6or. Te he reconocido; pero callar6, porque de lo contrario fuera causante de tu desgracia. No puedo dejarte entrar; m6rchate, y ¡quieran los dioses concederte la paz del alma!

—Si no puedes permitirme el paso— respondi6 Vinicio— consi6nteme al menos que permanezca aqui para ver á los prisioneros cuando salgan.

—No me impide acceder á esto la consigna— respondi6 Scevino.

Qued6se el tribuno en la puerta, esperando á que salieran los condenados. La media noche seria cuando se abrieron las puertas, y en seguida aparecieron largas hileras de prisioneros, en las que iban hombres, mujeres y ni6os, escoltados por pretorianos. La noche era serena y la claridad de la luna permitia ver no s6lo la figura, sino tambi6n el semblante de los que salian, formados de dos en dos, en medio del solemne silencio de la noche, turbado 6nicamente por el ruido de las armaduras. Eran tan largas las hileras, que Vinicio pudo muy bien creer

que los subterráneos habian quedado vacios. Distingui6 al m6dico Glauco entre las victimas que salieron en 6ltimo t6rmino; pero no vi6 á Ligia ni á Oso.

V

No habian descendido a6n sobre Roma las sombras de la noche y ya la multitud afluia á grandes oleadas á los jardines del C6sar. Con el traje de los dias de fiesta, coronado de flores, alborozado, ebrio en su mayor parte, el pueblo romano iba á presenciar un nuevo y *magnifico* espect6culo. En la via *Tetta*, en el puente de Emilio, m6s all6 del Tiber, en la via Triunfal, en las inmediaciones del circo de Ner6n y hasta en la colina Vaticana resonaban de continuo los gritos: ¡*Semaxii!* ¡*Sarmentitii!* Ya otras veces los romanos habian visto arder, atados á sendos postes, vestidos con la t6nica *molesta*, á hombres condenados á muerte, pero jam6s un espect6culo semejante, en que fueran tantas las victimas. El C6sar y Tigelino, para acabar con los cristianos y atajar el paso á la propagaci6n de la peste carcelaria, habian ordenado que se evacuaran todas las prisiones, sin dejar en ellas m6s que á algunas docenas de cristianos destinados á los 6ltimos juegos.

La primera impresi6n de la gente, al entrar en los jardines, era de estupor. A lo largo de todas las calles principales y transversales, en las plazoletas, en medio de la espesura de los 6rboles, al rededor de los prados cubiertos de c6sped, de los lagos, de los estanques, de los bosquecillos, de los cuadros llenos de flores, se levantaban postes untados de resina, con cristianos atados en la parte superior. Desde lo alto de los cerrillos, en que la vista no era interceptada por los 6rboles, veianse largas filas de palos, cada uno con un cristiano, adornados de flores, de yedra y de mirto; interminables hileras que seguian las sinuosidades del terreno, subiendo á los monticulos, bajando á las hondonadas, y prolong6ndose en t6rminos que, mientras los m6s pr6ximos parecian m6stiles de navio, los m6s lejanos daban la idea de lanzas clavadas en el suelo.

El n6mero de victimas superaba á cuanto podian apetecer los amantes de la grandiosidad en los espect6culos. Hubi6rase dicho que un pueblo entero, que toda una raza era sacrificada